

.....Capítulo 1.....

*J*amás nieva por Navidad. Si acaso, siempre nieva antes de Navidad, cuando todo el mundo tiene que viajar para asistir a reuniones familiares o hacer los preparativos para la fiesta en casa, o nieva mucho después de Navidad, cuando la nieve es una pura molestia para hacer las cosas del vivir diario. La verdad es que nunca nieva el día de Navidad, cuando la nieve daría colorido y una cierta magia a las celebraciones.

Esa es la triste realidad de vivir en Inglaterra.

Y ese año no fue ninguna excepción. Todos los días de vacaciones el cielo se mantuvo tercamente gris y cargado con la promesa de una horrible tormenta, el tiempo frío y ventoso, nada agradable, en realidad. Pero el suelo continuó obstinadamente seco y tan gris como el cielo.

Dicha sea la verdad, las vacaciones navideñas fueron bastante monótonas.

Así discurrían los pensamientos de Frances Allard, que había hecho el largo viaje de un día desde Bath, donde era profesora en la Escuela de Niñas de la Srta. Martin, en la esquina entre las calles Sutton y Daniel, para pasar las vacaciones navideñas con sus dos tías abuelas en las afueras del pueblo Mickledean de Somersetshire. Había esperado con ilusión esos días en un entorno rural; había soñado con hacer largas caminatas por el campo al vigorizante aire del in-

vierno, bajo un cielo azul, o ir a la iglesia y a la sala de fiestas vadeando por entre blancos copos de nieve.

Pero el viento y el frío bajo un cielo nublado, sin una pizca de sol, la habían obligado a acortar las pocas caminatas que emprendió, y la sala de baile se mantuvo firmemente cerrada esos días; al parecer, ese año todo el mundo se contentó con pasar la Navidad con familiares y amigos en casa y no con todos sus vecinos en una fiesta o baile comunitario.

Se mentiría a sí misma si no reconociera haberse sentido un poquitín decepcionada.

Las tías abuelas, señorita Gertrude Driscoll y su hermana viuda, señora Martha Melford, que vivían en la casa para la viuda del parque de Wimford Grange, recibieron una invitación para pasar el día de Navidad en la casa grande con la familia del barón Clifton, que era su sobrino nieto y por lo tanto primo segundo o tercero de ella; a ella también la invitaron, lógicamente, y también las invitaron a otras cuantas fiestas íntimas en el vecindario. Pero las tías abuelas declinaron amablemente todas las invitaciones asegurando que se sentían tan a gusto abrigaditas en su casa y tan contentas con la compañía de su sobrina nieta que no les apetecía aventurarse a salir a ninguna fiesta con ese tiempo inclemente. Al fin y al cabo ellas podían visitar a su sobrino nieto y su familia, y a sus vecinos, cualquier día del año. Además, la tía Gertrude tenía la idea de que iba a caer en cama con algo, aun cuando no manifestaba ningún tipo de síntoma, y no se atrevía a alejarse demasiado del fuego del hogar de su casa.

A ninguna de las dos se les ocurrió consultarle qué deseaba ella.

Solamente cuando llegaron a su fin las vacaciones, y las ancianas se estaban despidiendo con abrazos, besos y unas cuantas lágrimas, antes que ella subiera a su muy desvencijado coche particular que, insistieron, debía llevarla, aun cuando normalmente el susodicho coche no se aventuraba más allá de cinco millas a la redonda, se les ocurrió pensar que tal vez habían sido egoístas al quedarse en casa todas las vacaciones, y que deberían haber recordado que su amadísima Frances sólo tenía veintitrés años y seguro que habría disfrutado con una o dos fiestas y con la compañía de otros jóvenes, aliviando así el tedio de pasar todas las vacaciones navideñas sólo con dos viejas.

Entonces ella las abrazó, derramó unas cuantas lágrimas también y les aseguró, casi sinceramente, que ellas eran lo único que había necesitado para hacer de esas navidades unas vacaciones maravillosamente felices después de un largo trimestre en la escuela, aunque en realidad había sido más de un trimestre. Se había quedado en el colegio todo el verano pasado, ya que la señorita Martin acogía a niñas pobres gratuitamente y siempre era necesario ocuparse de ellas y procurarles diversiones en época de vacaciones y asuetos, y ella no tenía ningún lugar especial adonde ir en esos períodos.

Así pues, las vacaciones de Navidad fueron decepcionantemente aburridas. Pero sí que había disfrutado del silencio y quietud después del constante bullicio y ajeteo de la vida en la escuela. Además, quería muchísimo a sus tías abuelas, que le abrieron sus brazos y corazones desde el momento mismo en que llegó a Inglaterra, cuando sólo era un bebé, huérfana de madre, y con un padre francés emigrado que tuvo que huir del reinado del Terror. No tenía ningún recuerdo de esa época, como es lógico, pero sabía que sus tías la habrían llevado a vivir con ellas en el campo si su padre lo hubiera permitido. Pero él no aceptó; la mantuvo con él en Londres, rodeándola de niñeras, institutrices y maestros de canto, prodigándole todo lo que podía comprar el dinero para su comodidad y placer, y amor a mares además. Su vida había sido feliz, segura y privilegiada durante toda su infancia y adolescencia, hasta la repentina muerte de su padre cuando ella sólo tenía dieciocho años.

Pero sus tías habían cumplido su papel durante esos años; la llevaban al campo a pasar las vacaciones y de vez en cuando iban a Londres para sacarla a pasear, comprarle regalos y llevarla a tomar helados y otras exquisiteces. Y desde el momento en que ella aprendió a leer y escribir, se escribía con ellas todos los meses. Les tenía un cariño inmenso, desmesurado. Y de verdad fue delicioso pasar las navidades en su compañía.

Y no hubo nieve para alegrar esas navidades.

Sin embargo, cayó nieve, y muchísima, poco después.

Comenzó cuando el coche se encontraba a no más de ocho o diez millas de Mickledean; ella consideró la posibilidad de golpear el panel del techo para sugerirle al anciano cochero que girara para vol-

verse, pero en realidad no era mucha la nieve que caía, y no quería retrasar el viaje; parecía más bien agua de lluvia blanca durante toda la hora que cayó, e inevitablemente, cuando ya era demasiado tarde para volver, los copos fueron aumentando en tamaño y densidad, y en un espacio de tiempo muy corto el campo, que hacía unos momentos sólo parecía cubierto de escarcha, comenzó a desaparecer bajo un manto blanco cada vez más grueso.

El coche continuaba traqueteando con movimiento parejo, y Frances se tranquilizaba diciéndose que era una tontería ponerse nerviosa, que lo más probable era que el camino fuera totalmente seguro para viajar, sobre todo al paso de tortuga con que llevaba Thomas a los caballos. Pronto dejaría de nevar y la nieve comenzaría a derretirse, como ocurría siempre en Inglaterra.

Concentró la atención en el trimestre que la aguardaba, pensando qué piezas de música elegiría para que cantara el coro de las mayores. Algo alegre, brillante, isabelino, pensó. ¿Se atrevería a elegir un madrigal para cinco voces? Las niñas ya dominaban el canto a tres voces y lo empezaban a hacer bastante bien a cuatro voces, aunque a veces se interrumpían a mitad de una frase revolcándose de risa al enredarse sin remedio en una armonía compleja.

Sonrió al recordarlo. Normalmente ella se reía con ellas. Eso era mejor, y en último término más productivo, que echarse a llorar.

Tal vez probaría con cinco voces.

Al cabo de otra media hora ya no se veía nada aparte de blanco, blanco y blanco en todas direcciones, y ya no le fue posible concentrarse en las clases, el colegio ni en ninguna otra cosa. Y la nieve seguía cayendo, tan densa y apretada que la deslumbraba, y le impedía ver más allá de las ventanillas, en el caso de que hubiera habido algo para ver. Apoyó la mejilla en el cristal para mirar hacia delante y comprobó que ni siquiera se distinguía el camino de las cunetas y de los campos que había más allá. Y en ese tramo ni siquiera se veían setos, que podrían haber servido de indicadores para señalar por dónde discurría el camino.

El terror le atenazó el estómago.

¿Vería Thomas el camino desde su sitio más elevado en el pescante? La nieve le estaría entrando en los ojos, medio cegándolo, y

debía de tener el doble de frío que ella. Metió aún más las manos en el manguito de piel que le había regalado la tía Martha en Navidad. Pagaría una fortuna por una taza de té caliente, pensó.

¡Y tanto desear nieve! ¿Qué sabio fue el que dijo una vez que uno debe tener cuidado con lo desea, no sea que se lo concedan?

Se acomodó en el asiento, apoyando la espalda, resuelta a fiarse de Thomas para encontrar el camino. Después de todo, él era el cochero de sus tías abuelas de toda la vida, eternamente, o al menos desde que ella tenía memoria, y jamás había oído decir que hubiera estado implicado en algún tipo de accidente. Pero pensó tristemente en la acogedora y calentita casa de la viuda que había dejado y en el animado y bullicioso colegio que era su destino. Claudia Martin estaría esperándola ese día. Anne Jewell y Susanna Osbourne, las otras profesoras residentes, estarían mirando por la ventana para verla llegar. Todas pasarían juntas la velada esa noche en la sala de estar particular de Claudia, sentadas cómodamente alrededor del hogar, bebiendo té, conversando acerca de cómo habían pasado las fiestas. Ella les haría un relato gráfico del temporal de nieve por el que había viajado. Lo embellecería y exageraría el peligro y su miedo y las haría reír a todas.

Pero todavía no se estaba riendo.

Y de repente la risa escapó tan lejos de sus pensamientos como lo estaba el volar a la luna. El coche aminoró la marcha, se ladeó y patinó; al instante se cogió del agarradero de cuero que colgaba sobre su cabeza, convencida de que en cualquier momento el coche se volcaría hacia la derecha. Antes de cerrar los ojos esperó para ver su vida en un relámpago y musitó las primeras palabras del Padrenuestro, para no chillar y sobresaltar a Thomas haciéndolo perder el último vestigio de control sobre los caballos. El sonido de los cascos de los caballos era ensordecedor, aun cuando iban avanzando sobre nieve y no deberían oírse. Thomas estaba gritando por diez hombres.

Y entonces, al mirar por la ventanilla más cercana, en lugar de cerrar fuertemente los ojos para no ver el inminente fin, vio los caballos, y estos, en lugar de ir delante tirando del coche, estaban pasando junto a la ventanilla.

Apretó con más fuerza la tira de cuero y acercó la cara a la ventanilla. Esos no eran los caballos de su coche. Cielo santo, alguien los estaba adelantando, ¡con esa nevasca!

Apareció el pescante del coche que les estaba adelantando, con su cochero, que parecía un muñeco de nieve jorobado, inclinado sobre las riendas y soltando todo tipo de insultos por la boca, al parecer dirigidos al pobre Thomas.

Y entonces pasó el coche, como una especie de rayo azul, y ella alcanzó a vislumbrar en su interior a un caballero con muchas esclavinas sobre su abrigo y un elegante sombrero de copa. Él giró la cabeza y la miró con una ceja arqueada y una expresión de arrogante desprecio en la cara.

¿Cómo se atrevía a mirarla así? ¿A ella?

En unos instantes el coche terminó de pasar, mientras el de ella se estremecía, patinaba otro poco, para luego enderezarse solo, y continuar su lento y laborioso avance.

El miedo cedió el paso a una ardiente furia. Hirvió de furia. Pero qué cosa más temeraria, desconsiderada, suicida, homicida, peligrosa, ¡estúpida! Por el amor de Dios, si ni siquiera aplastando la nariz contra el cristal podía ver a más de cinco yardas, y la tupida cortina de nieve estorbaba la visibilidad incluso en esas cinco yardas. ¿Y ese cochero jorobado y malhablado y ese caballero despectivo con su arrogante ceja tenían tanta prisa que habían puesto en peligro la vida de ella, la de Thomas y la suya propia, por adelantar?

Pero una vez que se le pasó el ataque de furia, repentinamente tomó conciencia de que estaba toda sola en medio de un mar de blancura. Nuevamente el pánico le contrajo los músculos del estómago, y volvió a sentarse bien, soltando adrede el agarradero de cuero y metiendo cuidadosamente las manos en el manguito de piel. El miedo no la llevaría a ninguna parte. Y total, lo más probable era que Thomas sí la llevara a alguna parte.

Pobre Thomas. Cuando llegaran a ese alguna parte estaría deseoso de beber algo caliente, o más probablemente algo caliente y fuerte. No era un hombre joven, no, de ninguna manera.

Con los dedos de la mano derecha empezó a tocar la melodía de un madrigal de William Byrd sobre el dorso de la mano iz-

quierda, como si fuera las teclas de un piano y entonó la melodía en voz alta.

Y de pronto el coche se estremeció y patinó nuevamente, y tuvo que volver a cogerse del agarradero. Miró hacia fuera, hacia delante, sin esperar ver nada en realidad, pero vio; vio una forma oscura que al parecer estaba bloqueando el camino. En un instante de casi claridad entre los copos de nieve vio que era un coche con caballos. Incluso le pareció que era azul.

Pero aunque los caballos que tiraban de su coche pararon, el coche no paró inmediatamente; se ladeó ligeramente hacia la izquierda, se enderezó y luego se ladeó más que ligeramente hacia la derecha, y continuó ladeándose y patinando hasta que llegó a lo que debía ser el borde del camino, donde una rueda se quedó atrapada en algo. A continuación el vehículo pegó un brinco, haciendo un medio giro, y empezó a caer lentamente hacia atrás hasta que las dos ruedas traseras quedaron hundidas completamente en la cuneta que estaba a rebosar de nieve.

Frances, de espaldas y de cara al asiento de enfrente, que de repente estaba encima de ella, sólo logró ver nieve sólida por las ventanillas de los dos lados.

Y si eso no era la parte de fuera, pensó con ominosa calma, no sabía qué era.

A sus oídos llegaba un fuerte clamor, bufidos y relinchos de caballos, gritos de hombres.

Antes que lograra armarse de serenidad para salir de su níveo capullo, se abrió bruscamente la puerta, no sin la considerable ayuda de unos músculos masculinos y unas horrorosas palabrotas masculinas, y un brazo seguido de una mano se introdujeron para ayudarla; el brazo envuelto en la manga de un abrigo muy grueso y carísimo, y la mano en un fino guante de piel. Estaba clarísimo que ese brazo no pertenecía a Thomas, y tampoco la cara que apareció al final, de ojos castaños, mandíbula cuadrada, irritada y ceñuda.

Era una cara que había visto fugazmente hacía menos de diez minutos.

Era una cara, y una persona, por la que había concebido una considerable hostilidad.

Sin decir palabra plantó la mano en la de él, con la intención de usarla para levantarse con la mayor dignidad posible. Pero él la sacó de un tirón de su incómoda postura como si fuera un saco de harina y la depositó sobre el camino, donde al instante sus botas de media caña se perdieron de vista bajo varias pulgadas de nieve. Sintió en toda su violencia la ferocidad del viento frío y el furioso ataque de la nieve que caía del cielo.

Según decían, la rabia hace ver en rojo. Pero ella sólo veía blanco.

—Usted, señor —gritó, para hacerse oír por encima de los ruidos de los caballos y la batalla de vigorosos y coloridos insultos entre Thomas y el muñeco de nieve jorobado—, se merece que lo cuelguen, lo ahoguen y lo descuarticen. Se merece que le arranquen la piel a latigazos. Se merece que lo achicharren en aceite hirviendo.

La ceja que ya la había ofendido antes volvió a arquearse. También la otra.

—Y usted, señora —dijo él, marcando las sílabas en un tono abrupto que hacía juego con la expresión de su cara—, se merece que la encierren en una mazmorra oscura por ser un peligro público y aventurarse por la carretera del rey en esa vieja chalupa. Es un verdadero fósil. Cualquier museo lo rechazaría por ser demasiado antiguo como para que alguien se interese por él.

—¿Y su antigüedad y la prudencia de mi cochero le da el derecho de poner en peligro varias vidas adelantándolo con este horrible temporal de nieve? —preguntó ella retóricamente, con los pies bien plantados ante él, tocándole las puntas, aunque la verdad es que no se veían los pies de ninguno de los dos—. Tal vez, señor, alguien debería relatarle la historia de la tortuga y la liebre.

Él bajó las dos cejas y luego arqueó sólo la primera.

—¿Y con eso quiere decir...?

—Su temeraria velocidad le ha llevado a este percance —contestó ella apuntando con un dedo hacia el coche azul, que bloqueaba completamente el camino, aunque al mirarlo vio que parecía estar bien situado sobre él—. No ha avanzado más después de todo.

—Si usara los ojos para mirar, señora, en lugar de usarlos sólo para arrojar fuego y azufre —dijo él— vería que hemos llegado a un

recodo del camino y que mi cochero, y también yo, después de adelantarnos a ustedes en su ineptitud, estamos limpiando un montículo de nieve para que mi liebre pueda continuar su camino. Su tortuga, por su parte, está hundida en un montón de nieve y no va a ir a ninguna parte durante algún tiempo. Hoy no, sin duda.

Ella miró hacia atrás por encima del hombro. De repente se le hizo horriblemente evidente que él tenía razón. Apenas se veía la parte delantera del coche, y estaba medio apuntando al cielo.

—¿Quién va a ganar la carrera, entonces? —le preguntó él.

¿Qué demonios podía hacer? Tenía los pies empapados, la orilla de la capa toda llena de nieve, le seguía nevando encima, tenía frío y se sentía desgraciada. Y asustada también.

Y furiosa.

—¿Y de quién es la culpa? —preguntó—. Si no hubiera llevado los caballos brincando, no estaríamos metidos en este montón de nieve.

—Los caballos brincando. —La miró con incredulidad combinada con desprecio y gritó por encima del hombro—: ¡Peters! He sabido de muy buena tinta que venías haciendo brincar los caballos cuando adelantamos a esta antiquísima reliquia. Te he dicho una y mil veces que no hagas brincar los caballos durante un temporal de nieve. Estás despedido.

—Déme un momento para terminar de quitar este montón de nieve, jefe, y echaré a caminar hacia la puesta de sol —gritó el cochero—. Si alguien me dice en qué dirección queda eso.

—Mejor que no —dijo el caballero—. Tendría que conducir yo el coche. Estás recontratado.

—Me lo pensaré, jefe —gritó el cochero—. ¡Ya está! Esto está terminado.

Mientras tanto Thomas estaba atareadísimo desenganchando los caballos de su inútil carga.

—Si su coche hubiera ido avanzando a cualquier velocidad que superar el casi imperceptible paso de tortuga, señora —dijo el caballero volviendo su atención a Frances—, no habría obligado a cometer una peligrosa temeridad a viajeros serios y responsables que verdaderamente preferirían llegar a alguna parte al final del día en lugar de pasar una eternidad en un tramo de camino.

Frances lo miró indignada. Apostaría el salario de un mes a que ni un mínimo asomo de frío lograría penetrar ese abrigo, con su docena de esclavinas, y que ni una brizna de nieve había encontrado su camino hacia dentro de esas botas de caña alta.

—Estamos listos para continuar, entonces, jefe —gritó el cochero—, a no ser que prefiera quedarse a admirar el paisaje una hora más o algo así.

—¿Dónde está su doncella? —preguntó el caballero, entrece-
rrando los ojos.

—No tengo —repuso ella—. Eso debería ser absolutamente ob-
vio. Estoy sola.

Vio que él la estaba recorriendo con los ojos de la cabeza a los pies, bueno, sólo hasta poco más abajo de las rodillas. Se había pue-
sto ropas útiles y prácticas para volver a la escuela, aunque para un
caballero tan elegante sería evidente, cómo no, que no eran caras ni
a la moda. Lo miró fijamente, indignada.

—Va a tener que venir conmigo —dijo él, en un tono nada cortés.

—¡De ninguna manera!

—Muy bien, entonces —dijo él, girándose para alejarse—, pue-
de quedarse aquí en virtuosa soledad.

Ella miró alrededor, y esta vez el pánico le atacó las rodillas ade-
más del estómago, y casi se hundió en la nieve hasta donde no vol-
vería a saberse nunca jamás de ella.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿Tiene una idea?

—En alguna parte de Somersetshire —contestó él—. Aparte de
eso, no tengo la más remota idea, pero la mayoría de los caminos, lo
sé por experiencia, llevan finalmente a alguna parte. Esta es su últi-
ma oportunidad, señora. ¿Desea explorar la gran incógnita en mi
diabólica compañía, o prefiere perecer aquí sola?

Le fastidiaba espantosamente no tener ninguna otra opción.

Los dos cocheros estaban otra vez gritándose mutuamente, y con
palabras nada amables.

—Tómese una o dos horas para decidirse —dijo el caballero con
la voz cargada de ironía, y arqueando nuevamente esa ceja—. No
tengo ninguna prisa.

—¿Y Thomas? —preguntó ella.

—¿Thomas sería el hombre de la luna? ¿O tal vez su cochero? Él llevará los caballos y nos seguirá.

Dicho eso echó a caminar a largas zancadas hacia el coche, arrojando lluvias de nieve a su paso. Frances lo siguió con más cautela, tratando de poner los pies en los surcos dejados por las ruedas.

¡Qué embrollo!

Él volvió a ofrecerle la mano para ayudarla a subir al coche. Era un coche maravillosamente nuevo, observó, resentida, con mullidos asientos tapizados. Tan pronto como se sentó en uno, se hundió y cayó en la cuenta de que ofrecía una fabulosa comodidad, incluso para un viaje largo. También sentía casi calor, comparado con el frío que hacía fuera.

—Hay dos ladrillos en el suelo todavía algo calientes—dijo el caballero desde la puerta—. Ponga los pies en uno de ellos y cúbrase con una de las mantas. Yo iré a ocuparme de que saquen sus pertenencias de su coche y las trasladen al mío.

Las palabras en sí mismas podían interpretarse como amables y consideradas, pero el tono abrupto en que las dijo contradecían esa posible impresión, como también la firmeza con que cerró la puerta. De todos modos Frances hizo caso de la sugerencia. Le castañeaban los dientes, y los dedos se le caerían si los pudiera llegar a sentir; se había dejado el manguito dentro de su coche.

¿Cuánto tiempo tendría que soportar esa situación insufrible?, pensó. No tenía la costumbre de odiar a nadie a primera vista, ni siquiera de sentir una leve aversión, pero la idea de pasar aunque sólo fuera media hora en compañía de ese caballero arrogante, malhumorado, burlón y despectivo le resultaba singularmente poco atractiva. Sólo con pensar en él se le erizaba el pelo.

¿Lograría encontrar otra modalidad de transporte en el primer pueblo al que llegaran? ¿Una diligencia tal vez? Pero incluso mientras le pasaba la idea por la cabeza comprendió lo absurda que era. Tendrían suerte si llegaban a un pueblo. ¿Acaso suponía que si llegaban no habría ningún rastro de nieve allí?

Iba a quedarse atrapada en alguna parte toda la noche, sin ninguna compañía femenina, y sin mucho dinero, puesto que rechazó el que sus tías abuelas trataron de darle. Tendría suerte si ese alguna parte no resultaba ser ese coche.

Esa sola idea la sofocó y tuvo que hacer una larga inspiración.

Pero era una clara posibilidad. Sólo hacía un par de minutos el camino había desaparecido ante sus ojos.

Esta vez combatió el pánico poniendo cuidadosamente los pies, uno al lado del otro, sobre el ladrillo ligeramente tibio y entrelazando suavemente las manos sobre la falda.

Se fiaría de la habilidad del extraño e impertinente Peters, que había resultado no ser jorobado después de todo.

Ahora bien, esa sí sería una aventura para obsequiar a sus amigas cuando llegara por fin a Bath, pensó. Igual si lo miraba con más detenimiento hasta podría describir a ese caballero como alto, moreno y apuesto, el proverbial caballero de brillante armadura, en realidad. Con eso a Susanna se le caerían los ojos de la cara y los de Anne se suavizarían con un brillo romántico. Y Claudia frunciría los labios y la miraría desconfiada.

Pero, ay Dios, le resultaría difícil encontrar algo divertido o romántico en esa situación, incluso cuando la mirara en retrospectiva ya en la seguridad de la escuela.